

Relaciones entre limpieza étnica, migración forzada y genocidio en el caso palestino-israelí *

LUIS E. SABINI FERNÁNDEZ

Nociones generales

El genocidio se constituye sobre un proceso de identificación, de elaboración de identidad de un grupo que el agente identificador (estado, sociedad, partido, iglesia, grupo) considera que va a ser finalmente exterminado.

El genocidio: una decisión o intención de exterminio total o parcial de *un otro*. El genocidio no es la matanza. No es al menos, sólo la matanza. Se puede hablar de genocidio, como política, aunque las medidas que tipifiquemos como genocidas, por ineficaces o prematuras, llevarán a la muerte a un solo ser humano (o incluso a ninguno).

La intencionalidad es así más definitoria que la realización o puesta en acto propiamente dicha. Con lo cual, el aspecto militar o policial pierde focalidad y lo político pasa a primer plano. Por lo mismo, la limitación a grupos étnicos, religiosos, raciales o nacionales que caracteriza la definición "institucional" de genocidio, de la ONU, 1948, también pierde relevancia. Porque el grupo, el otro, está definido desde quienes llevan adelante la política que tipificamos como "genocida" [Eduardo Rezsés, en su presentación en el foro de la Cátedra Libre de DD.HH., 13/10/2006]. Por esa razón, la pesadilla vivida en la Argentina en los '70, con la Triple A inicialmente y con la segunda Triple A, al decir de Rodolfo Walsh ("las Tres Armas"), puede considerarse un genocidio con causal político-ideológica. Aun cuando una parte de los acontecimientos trágicos del período haya tenido lugar con enfrentamientos entre agupamientos armados.

Otra limitación, que nos parece arbitraria, al concepto de genocidio patrocinado por la ONU, desde 1948, es su limitación temporal al siglo XX. Como si se pudieran establecer cortes ópticos (en el ser) entre las persecuciones y los asesinatos colectivos anteriores a 1900 y los posteriores. Es cierto que una bondad de establecer tales limitaciones temporales es la de achicar el riesgo de juzgar con ojos actuales tramas culturales cualitativamente distintas, disímiles, alterar el *continuum* histórico de valores y creencias. Pero el riesgo opuesto no es menor, restándole conflictividad ética a terribles cuestiones que han sacudido a la humanidad a lo largo de su historia: naturalizar en el pasado lo que ni siquiera todos sus contemporáneos aceptaban. Ya se trate de la esclavitud entre los atenienses como del racismo entre los noreuropeos de la modernidad.

Parece necesario, para que se pueda constituir genocidio, que hablemos de la construcción de *un otro* indeseable, despreciable, prescindible. Otro a quien se pueda maltratar y matar sin que se constituya delito (incluso a menudo, exactamente al revés; que semejantes actos impliquen un reconocimiento, un agradecimiento admirativo de parte de la comunidad de que proceden los perpetradores de estas políticas).

Para que exista genocidio tiene que haber, asimismo, una planificación del exterminio. Una política deliberada. Una cierta racionalidad. En algunos casos, una planificación de años.

Limpieza étnica, transferencia o migración forzada y genocidio

Hagamos un pequeño escarceo a través de un puñado de situaciones que nos enfrenta con lo genocida. Examinar cómo se articulan los conceptos anunciados en el subtítulo, mostrándonos algunos de los innumerables infortunios de la humanidad en esta cuestión y cómo de su interacción (o falta de) surgen muy variadas realidades.

De más está decir que la pequenísima muestra que viene a continuación no pretende ser ni taxativa ni valorativa de su importancia relativa o trascendencia. En todo caso, su elección ha sido totalmente azarosa. Con su recorrido, únicamente estamos procurando ver cómo actúan en cada caso los diversos objetivos que hemos reseñado en el subtítulo.

La selección mínima aquí colectada sigue un cierto orden cronológico.

Celtas de Islandia, siglo IX. Los vikingos llegan a Islandia y exterminan totalmente a la población celta, reducidísima, que la habitaba. No hubo *transferencia* alguna; se batió la isla, se llevó a cabo una *limpieza étnica* que a nuestros ojos constituye así un *genocidio* acabado.

Quilmes, 1666. Luego de una resistencia de más de un siglo del pueblo de los quilmes a la presión española, los ejércitos hispanos arrollan lo que queda de la aguerrida nación étnica cacañ emplazada en el norte de lo que iba a ser siglos después la Argentina, y entonces unas 300 familias son erradicadas y se las obliga a desplazarse con destino al sur de la ciudad de Buenos Aires: una migración forzada que los aniquilará como nación (un siglo después, las autoridades hispanas registraban únicamente tres familias quilmes al sur de Buenos Aires). Con los quilmes, resulta claro que hubo *transferencia*, *limpieza étnica* y *desaparición* consiguiente de ese pueblo.

* Algunas consideraciones que procuran ser disparadoras de ideas a partir del ciclo de foros sobre "PRÁCTICAS SOCIALES GENOCIDAS", organizado por la Cátedra Libre de Derechos Humanos, primer y segundo cuatrimestres de 2006. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.

Malvinenses, 1833. Tomemos otro caso dentro de la historia de lo que es hoy el territorio argentino. No por su envergadura sino por cómo se pueden llegar a separar de un modo distinto las otredades que hemos presentado.

Cuando el Reino Unido considera llegado el tiempo de la reconquista de las Falkland/Malvinas, de las que había sido despojado por España en 1774, la flamante República Argentina ya había tomado posesión de ellas, considerándolas herencia del viejo poder imperial. En 1821 el gobierno argentino había iniciado la posesión del archipiélago enviando unas decenas de moradores y las autoridades correspondientes. En 1833, los ingleses ocupan las islas y embarcan en una nave a la colonia argentina allí establecida (hay quienes resisten la invasión y “pasan a la clandestinidad” en ese inhóspito ambiente; constituirán expresión de la resistencia al despojo y, siquiera transitoriamente, un dolor de cabeza para los nuevos amos).

Así se produce la *transferencia* de ciudadanos argentinos al territorio continental. A dicha transferencia, de escasísimo volumen poblacional, no se le ha unido jamás la idea de genocidio (no hubo muertos en el operativo de “retorno” forzado), pero claramente corresponde hablar de *limpieza étnica*.

Kikapus, mediados del s. XIX. Una etnia de los algonquinos, en América del Norte, los kikapus, como tantas otras, expulsadas de sus tierras con violencia, hizo un largo peregrinaje huyendo del territorio controlado por EE.UU. hasta obtener un estatuto de refugio por parte del gobierno mexicano. Tuvo que obtenerlo una segunda vez porque el primer refugio, concedido en Texas, se convirtió en trampa mortal cuando EE.UU. incorporó ese territorio dentro de sus fronteras con la invasión de despojo a México en la década de 1840, motivo por el cual, los kikapus huyeron una vez más (los sobrevivientes encontraron esa vez una tierra benévola en Coahuila, al norte del México actual).

Pero la peripecia tuvo un costo altísimo: una población de varios miles quedó reducida a algunos centenares. Los kikapus sufrieron todas las figuras que venimos examinando; hay *transferencia* o *migración forzosa*, hay *limpieza étnica*, porque la nueva sociedad establecida en sus tierras, de origen noreuropeo no toleraba a la población nativa, salvo *reducidos* una condición de minoridad, dependencia e indignidad que a muchas poblaciones se les hacía lógicamente difícil de aceptar. El destino de los kikapus quedó así entre el *genocidio* inicial y la *reducción* de los sobrevivientes.

Yaquis, fines del s. XIX, hasta 1911. Algunas poblaciones, particularmente poco numerosas han sufrido los procesos de *limpieza étnica* y *genocidio* sin recurrir por parte de los programadores de tales políticas al expediente (materialmente costoso) de la *transferencia*.

Es el caso de la etnia yaqui que queda desmembrada, con asentamientos a uno y otro lado de la nueva frontera entre EE.UU. y México (tras la invasión y ocupación de medio México por parte de EE.UU.). Los que quedan al norte, en California, constituían una población dispersa, cazadora-recolectora, que fue perdiendo su hábitat con la llegada masiva de buscadores de oro. Durante toda la segunda mitad del siglo XIX fueron perdiendo sus territorios y las condiciones de vida fueron empeorando, diezmando a la población. Y llevándola a vivir cada vez más a escondidas, carentes de todo territorio más o menos propio. Eran los mismos mineros quienes organizaban batidas, temporada tras temporada, año tras año, persiguiéndolos sin ninguna intención de *transferencia*; “cazándolos” como animales hasta su exterminio completo.¹

Los que quedan al sur, asentados en México tuvieron también sus turbulencias. Participaron activamente en la vida política del país y tuvieron particularmente desintelencias con la dictadura de Porfirio Díaz, exactamente en el mismo período en que sus hermanos de sangre estaban siendo aniquilados en California. La dictadura de Díaz dispuso una cruel modalidad de *transferencia*: a fines del siglo XIX eran reclutados por la fuerza como mano de obra esclava o semiesclava para trabajos, por ejemplo, en Yucatán.

Esa persecución llevó a una porción del pueblo yaqui a buscar refugio al norte de la frontera, en Arizona, donde subsisten al día de hoy como etnia yaqui (unos 8 mil habitantes) reconocida por el gobierno del estado de Arizona, que linda con el de California que los exterminara. En el caso de los yaquis del sur, la *transferencia* y la *limpieza étnica* son lo que ha menoscabado sus posibilidades de vida.

Digno de comparar los destinos de los yaquis californianos y los sonoro-arizonianos.

Armenios en Turquía, 1915-1917. La expulsión de los armenios promovida con el renacido nacionalismo de “Los Jóvenes Turcos” dispuso el despojo de las tierras de los armenios y su expulsión hacia la costa del Asia Menor. La peripecia sufrida entre el terruño y el mar le significó al pueblo armenio la muerte en las peores condiciones de hambre y cansancio para muchos miles, centenares de miles de seres humanos. Constituye un caso donde las variables que venimos examinando se juntaron trágicamente: hubo un plan de *limpieza étnica* o étnico-religioso, por el cual “lo turco” no toleraba la presencia del “otro armenio”, hubo una *transferencia* que lleva a cabo el grupo dominante que desprecia al desplazado. Con el desprecio, el genocidio. Imponiendo penosas travesías, al estilo que la sociedad estadounidense le impuso a varias etnias nativas para completar el adueñarse de sus tierras, o que el poder español le impuso a etnias “recalcitrantes” (como vimos con los quilmes). Por sus dimensiones, ha sido considerado de los más gigantescos genocidios del siglo XX.

¹ Casi completo. Porque buena parte de la información sobre el destino trágico yaqui en California proviene del último sobreviviente que logró encontrar la protección de un antropólogo norteamericano que lo convirtió en portero de un museo y en fuente invaluable de enorme cantidad de datos sobre costumbres, usos e idioma yaqui. Este hombre había logrado abandonar el bosque cuando el último agrupamiento humano compuesto por cuatro perseguidos, entre ellos una anciana postrada transportada todo el tiempo en parihuelas, fue detectado y arrasado por mineros.

Judíos en el Tercer Reich, 1941. “La solución final”. Los nazis han constituido un ejemplo lamentablemente sin igual en muchos aspectos en cuanto a racismo declarado, desprecio abierto, pretensión de “elegir” hacer un mundo. El racismo y una visión eugenésica de la humanidad les permitió una política autoritaria radical enfocada a razas o pueblos que consideraban inferiores, particularmente hacia los judíos, que concentraban su odio. El genocidio, empero, no fue el motor inicial de sus acciones. Hubo un tiempo con el nazismo en el poder en que la solución pasaba por la *separación*.

Pero una separación teñida de la desigualdad inherente a todo racismo fue desmejorando las condiciones sociales de una población *transferida*, primeramente despojada de “funciones” sociales (docencia, por ejemplo), luego encerrada en guetos, más tarde, ya con la muerte como presencia insoslayable, en campos de concentración. Así, de la separación, el maltrato y la discriminación se pasó, con “los esfuerzos de la guerra”, al uso despiadado de un mano de obra crecientemente esclavizada. De allí a la muerte el paso era más corto. Los trabajadores exhaustos y mal alimentados morían con mucha mayor “facilidad”, como lo sabe el mundo empresario en todas las zonas en que las condiciones laborales “lo permiten” o “toleran”.

Y el universo concentracionario fue haciendo su macabra cosecha. Hasta que la dirección nazi, Hitler, el *führer*, llega a “la solución final”, es decir al asesinato expreso y masivo, ya no mediado por el agotamiento del trabajo, la deshumanización organizada o el hambre.

En los nazis, la racionalidad capitalista los llevó a usar la mano de obra judía, gitana, de disidentes, pero el racismo, irracional por su propia base, los impulsó a sacrificar el rendimiento económico para sólo cumplir “los mandatos de la sangre”. Un escalofriante y perverso ejemplo del “ideario” racista que dio lugar a uno de los mayores genocidios de la modernidad.

Campesinos vietnamitas, mediados de la década de los 60. Otra *transferencia* significativa fue la que se operó mediante la instalación de *aldeas estratégicas* en Vietnam durante la guerra de EE.UU. contra ese país (1962-1975). No conocemos cifras de mortandad durante esas *migraciones forzadas*, a mediados de los sesenta, aunque sí hay estimaciones del total de muertos del país invadido (en una población de unos 40 millones de habitantes, murieron unos 2 millones de seres humanos).

En este caso, las víctimas de la guerra, en parte civil, pero fundamentalmente la llevada adelante por EE.UU. ocupando el país, sobrepasan largamente las víctimas provocadas por los episodios de *transferencia*, y cuesta dilucidar lo que hubo de *limpieza étnica* y *genocidio* porque la propia invasión, so pretexto de ayudar a un gobierno aliado en dificultades, funcionó como un plan geopolítico gigantesco. En él, la *limpieza étnica* parecía limitarse a comunistas y no a la población en general. Con lo cual se podría hablar en todo caso de un genocidio ideológico (una de las formas que fueron desechadas en la definición inicial de la ONU).

Recordemos que durante el período de intervención militar estadounidense en Vietnam (hubo otra guerra anterior para expulsar al poder colonial anterior, Francia, que termina en 1954), las pérdidas de vidas humanas se estiman en un 5% del total poblacional. Ya dijimos, unos dos millones de seres humanos. Y con una coda estremecedora: por muchos años, Vietnam pasó a ocupar el primer puesto en las sociedades de todo el planeta por la cantidad de nacimientos con malformaciones congénitas. Producto directo del “tratamiento químico” que las fuerzas militares de EE.UU. le hicieron al territorio, a la sociedad y a todos los seres vivos del país.

Ciudadinos camboyanos, 1975-1979. Una *transferencia* similar en el método y la brutalidad al caso turco, aunque no con la finalidad de apropiarse de las tierras como en tantos de los casos que hemos ido recorriendo, fue el éxodo forzoso ciudad-campo organizado por los Khmer Rojos, sobre la población urbana camboyana.

Tras años de terror organizado por una dictadura militar y urbana (Lon-Nol, bajo el paraguas de EE.UU.) los revolucionarios socialistas decidieron una transferencia masiva de población de las ciudades, que consideraron antros de corrupción, al campo. Se ha discutido mucho la cantidad de vidas humanas que demandó semejante *transferencia* para una población de entre 5 y 6 millones de habitantes; las estimaciones van entre 200 000 y 2 millones de muertos. No hace falta llegar a este último guarismo, manejado por tantas fuentes occidentales de denuncia, para captar la atrocidad vivida.

No hubo *limpieza étnica*; hubo sí, como rasgo fuerte, *transferencia* y su correlato, al parecer inevitable: *genocidio*.

Afros bajo el apartheid, segunda mitad del s. XX. La limpieza étnica sudafricana mediante bantustanización² no implica el exterminio sino el confinamiento, aunque la propia instauración puede “exigir” un forzamiento que “necesite” de matanzas para imponerse (la más famosa, tal vez, para oídos occidentales, fue la que procuró “liquidar” la resistencia afro, en Soweto en los ‘70).

Aquí vemos la difusa línea que separa la estructura de comportamiento, y sobre todo la de construcción del otro en los casos de *limpieza étnica* y *genocidio*. Los limpiadores étnicos querían “preservar la pieza”.³

² El neologismo, no sabemos si instaurado por Noam Chomsky, cuenta con él al menos como uno de sus pioneros en el uso, se refiere a la política de concentración de población nativa en la tristemente célebre Sudáfrica del *apartheid*, mediante la cual la minoría blanca pretendió adueñarse del 93% del territorio sudafricano sin tener que “soportar” la presencia afro, salvo en la indispensable actividad laboral, ubicando al 80% de la población (unos 20 millones de habitantes, negros) en el 7% del territorio, diseminado en pequeños enclaves mediterráneos del cual debían salir “sus habitantes” con pasaportes: territorios-dormitorio de un pesadillesco sueño de separación radical entre afros y “europeos”.

La bantustanización sudafricana tiene mucho más en común con las *reducciones indias* organizadas por ejército e iglesia durante la colonización posterior a la conquista española de los territorios americanos en los primeros siglos occidentales de América. Y el parecido de la solución proviene de la equivalencia de intereses: tanto los anglo-holandeses en el África del Sur como los españoles en el Nuevo Continente, contaban con la mano de obra nativa para el funcionamiento general de sus sociedades.

Y ese rasgo también caracterizó el intento de viabilizar un Vietnam amigable a EE.UU. sobre la base de las *aldeas estratégicas*: conseguir un campesinado servil que proveyera víveres al bando “demócrata”, no a la resistencia.

Timor Oriental, 1975. La matanza del ejército indonesio cuenta con la triste marca de registrar la mayor proporción de asesinatos respecto de la población afectada. Se estima que arrasó unos 200 000 seres humanos de una población total de unos 600 000. Porque la población local no aceptó integrar el estado indonesio, de cuya población no había formado parte al menos durante los últimos 500 años (el colonialismo europeo partió al medio esa isla, como tantas otras sociedades colonizadas).

Aun cuando en términos de vidas tronchadas sobre la población respectiva, todas las estimaciones consideran que el genocidio en Timor Oriental fue aun mayor que el simultáneo en Cambodia/Kampuchea, las miradas mediáticas occidentales se concentraron en Cambodia e invisibilizaron Timor Oriental. Este último estaba patrocinado por EE.UU., el primero, por sus enemigos.

Bosnios-musulmanes en Bosnia, 1992-1995. El caso Bosnia, con la guerra étnico-civil de 1992 a 1995 tiene también, en su concierto de atrocidades, mucha especificidad: los bosnios-musulmanes constituían el 40% de la población, unos dos millones⁴ y fueron los que cosecharon la mayor cantidad de víctimas mortales. La cantidad total de muertos se estima en unos 250 000 (5% de la población total), pero los correspondientes a la minoría musulmana (la mayor) fueron unos 200 000. Una población que resultó literalmente diezmada.⁵

En la guerra de tres contendientes, que fue la que desgarró a Bosnia a comienzos de los ‘90, campeó la *limpieza étnica*, diversas *limpiezas étnicas* (que iban a continuar haciendo estragos, con las persecuciones a albaneses y con la revancha albanesa promovida por EE.UU. castigando colectivamente a los serbios; a los racistas y a los antirracistas). De algún modo, lo sufrido particularmente por los bosnios-musulmanes constituyó un genocidio enmarcado en el fuerte antiislamismo que campeaba ya entonces en Europa.

Tutsis (y hutus) en Ruanda, 1994. Con casi un millón de habitantes asesinados, casi todos con armas de fuego cortas, armas blancas y herramientas, en unas seis semanas, la matanza indescriptible que asoló a este país es considerada por muchos, como el genocidio más grande de la posguerra.

Programado desde por lo menos tres años antes, durante los cuales el gobierno hutu ruandés importó hachas, machetes, hoces, cuchillos, pistolas, cuerdas en una proporción absolutamente insensata para la magnitud del país. Cinco inspecciones del Banco Mundial durante esos tres años no lograron percibir gastos “anormales” en las cuentas del estado “controlado”, que pagó todas esas importaciones con préstamos de ese origen. Tanto el aprovisionamiento sostenido como la organización propiamente dicha de la matanza, nos permite, nos obliga a hablar de un genocidio. Enraizado en el odio ancestral entre la población hutu, que se había hecho con el aparato del estado y la tutsi, los “mimados” del colonialismo.

Sin embargo, el estallido de la matanza, estimulada y coordinada a través de las radios gubernamentales, con suministro público, cotidiano, de armas y con el servicio de recolección de residuos domiciliarios encargado de “limpiar” a diario de cadáveres calles y locales, coincide con la inminencia de una invasión tutsi desde el exterior (los tutsis contaban con apoyo desde su misma etnia también establecida en Burundi, estado lindante). Una invasión que el gobierno percibía como sumamente peligrosa e imparable. Tan imparable resultó que aun llevada a cabo la matanza de tutsis (y de algunos hutus refractarios), los tutsis que habían abandonado Ruanda y se habían armado, volvieron como invasión militar y se hicieron con el gobierno.

El *genocidio* queda así muy entrelazado con una guerra que paradójica y trágicamente se quería conjurar. La racionalidad y la frialdad del comportamiento le otorgan los rasgos de un genocidio de dimensiones estremecedoras, pero la invasión inminente desplaza en algo la tragedia del *genocidio* hacia la *guerra*.

Palestinos en Palestina/Israel: la tragedia de un pueblo negado. La *transferencia* de 1948, como ha dado en llamarse dentro de la sociedad israelí a la expulsión violenta de palestinos fuera del estado israelí diseñado por la ONU en el proyecto inicial de partición de Palestina en dos estados (el israelí con el 52 % del territorio, el palestino con el 48%), significó el desplazamiento forzoso de unos 700 000 palestinos de sus hogares, lugares y medios de vida. Para lo cual, los israelíes se adueñaron de unas cuatrocientas aldeas árabes palestinas. Pero el operativo de expulsión logró “éxito” porque entre sus primeras medidas se arrasó con una veintena de esas aldeas con sus habitantes incluidos; la más tristemente famosa fue Deir Yassin, con una cantidad de víctimas mortales jamás precisada, pero que se estima por encima de cien seres humanos; hombres, mujeres, niños asesinados en un único operativo. Otra aldea así arrasada, aun

³ Expresión de los esclavistas en Brasil en sus “siglos de oro”, refiriéndose al bebito del vientre de las esclavizadas que iban a ser castigadas, por eso encima de un hoyo sobre el cual acostaban a la embarazada boca abajo (E. Galeano, *Las venas abiertas*).

⁴ Bosnia tenía en los ‘90 unos cinco millones de habitantes: dos quintas partes aproximadamente bosnio-musulmán, un tercio bosnio-serbio y un quinto bosnio-croata.

⁵ Diezmar: una técnica militar para castigar indiscriminadamente a una población, contándola y condenando a muerte a uno de cada diez.

mayor aunque no tan conocida, fue la de Lod, con unos 250 asesinados. Fueron justamente tales matanzas lo que precipitó la fuga de una cantidad proporcionalmente enorme de población palestina.

La *limpieza étnica* así librada fue hecha para incrementar la proporción de población judía en el estado sionista, puesto que en 1948 todo el territorio palestino contaba con mayoría árabe, aun el adjudicado por ONU al Estado de Israel.

La guerra entre los estados árabes vecinos y el flamante estado israelí significó que este último se adueñara de inmediato de muchas más tierras que las adjudicadas en el proyecto inicial de partición.

El Estado de Israel hizo uso -sobre todo a partir del resultado de la Guerra de los Seis Días, en 1967, ocupando el resto de las tierras palestinas- de la población palestina bajo la misma modalidad de amo y ocupante respecto de la población aborigen que hemos repasado en Vietnam, en la América hispana o en Sudáfrica. Todo el período durante el cual la población palestina va pasando al estatuto de población colonizada y subalterna respecto de los nuevos amos, no configura así una política de exterminio; al contrario, la construcción del Estado de Israel necesita mano de obra barata y la población palestina pondrá a disposición esa mano de obra.⁶

A causa de la hostilidad permanente de la población palestina respecto de una ocupación que lleva ya más de medio siglo, que incluyó en algún momento las temidas inmolaciones de los suicidas palestinos (que expresaban el grado de desesperación a que la población nativa había sido llevada con la política de despojo progresivo y constante), el estado y la sociedad israelíes han ido cambiando su conducta y en lugar de hacer uso de la mano de obra palestina, desguarnecida y barata, pero potencialmente explosiva, han optado por recurrir a otra mano de obra, también desguarnecida y barata, pero de tierras remotas: Israel se ha llenado de obreros, asistentes, peones y servidumbre filipinos, indonesios, chinos, marfileños, etcétera.

Pero aun en el período en que el mundo económico israelí se valía de mano de obra palestina, una muy ceñida, puntillosa, tenebrosamente racional política de debilitamiento de toda la identidad palestina y de su misma sobrevivencia, se fue haciendo más y más honda y por lo mismo más insoportable: derribo de olivares y vides, uso de tierras siempre palestinas, jamás israelíes, para todo tipo de “obra pública” que indefectiblemente será sólo en beneficio israelí; “el muro” se erigió sobre territorio palestino, incluso las carreteras que luego son usadas exclusivamente por vehículos israelíes se trazan sobre suelo palestino. El cegado sistemático de pozos de agua que dificultan los riegos y la fructificación de los suelos palestinos, la prohibición de edificar unida a una muy activa política de derribo de viviendas por las causas más diversas (proverbialmente, quitarle la vivienda a los deudos de cualquier suicida o atacante), retención de haberes, aun los legalmente devengados de acuerdo con las propias leyes israelíes, política de puestos de control que hace de la vida cotidiana un martirio (esperar a que se abra un portón, a veces horas, para ir a trabajar, a cultivar o regar “tu tierra”, o para ir a la escuela; esperar que se abra ese portón en algunos lugares dos veces al día, 15 minutos cada vez, que puede convertirse en una sola vez, para ir a un hospital aunque uno esté enfermo, herido o por parir), soportar la sed de sus niños mientras la población aborigen observa a corta distancia a los colonos israelíes llenando sus piscinas o lavando sus autos...

Tal vez el ejemplo que muestra más cabalmente esa política tan celosamente programada de devastación de las condiciones de vida de los palestinos ha sido el asolar la Franja de Gaza desde el día siguiente a la evacuación de los colonos sionistas a fines de 2005 con bombas de ruido (de la misma intensidad y características que los misiles que ejecutan los mal llamados asesinatos selectivos), a las horas más inesperadas del día o de la noche. Un castigo colectivo que ha roto numerosos tímpanos, provocado enuresis en muchos niños, y deteriorado al estado mental de muchos pobladores. Se trata de “estruendos supersónicos que afectan particularmente a pacientes de diversas enfermedades crónicas, incluyendo diabéticos, cardíacos e hipertensos (GEMHP, Programa de Salud Mental de la Comunidad de Gaza, Buenos Aires, *Página12*, 20/7/2006). Genaro Carotenuto nos informa que desde el retiro israelí de la Franja de Gaza [en pocos meses] el ejército israelí “ha asesinado -según Amnistía Internacional- por lo menos a cien civiles, entre los cuales hay treinta niños [... y] en los últimos tres años han sido muertos 800 civiles. A éstos hay que agregar las ejecuciones extrajudiciales por parte del ejército [...], 600 ciudadanos están detenidos sin ninguna acusación formal y en condiciones durísimas, una Guantánamo más en tierra israelí [... y en Israel se reclama públicamente] el asesinato por parte del ejército de ocho líderes palestinos, empezando por el primer ministro Ismail Hamiyeh.” (Montevideo, *Brecha*, 30/6/2006). Antes de la reinvasión. Durante ella (a la Franja de Gaza y El Líbano, julio 2006), los israelíes tuvieron un muerto en Gaza y mataron a 254 palestinos de la Franja.

Son todas medidas que hablan de la extrema meticulosidad, de la fuerte racionalidad con que se ha encarado el tratamiento del pueblo palestino destinado como Ariel Sharon declarara públicamente a quebrarlo.

Quebrar un pueblo es una expresión bastante nítida, de etnocidio, genocidio cultural, tan entrelazado con el genocidio a secas.

⁶ Hay un ejemplo de ese tratamiento colonial, diferenciado, de la mano de obra, que en el caso israelí observa un *plus* tan característico de la política sionista: los empresarios contrataban árabes palestinos para sus empresas que resultaban mucho más baratos que la mano de obra judía israelí. Los sindicatos, organizados en la central nacional sionista, Histadrut, no admitían árabes en su seno y tampoco ese menoscabo para las posibilidades laborales de los trabajadores judíos. Así que lograron una ley mediante la cual a cada empresario debía resultarle tan caro un asalariado palestino como uno israelí. De ningún modo para que eso equipare salarios sino para aumentar las cotizaciones patronales a la Histadrut correspondientes a trabajadores palestinos. Como por otra parte, los asalariados palestinos no tienen acceso ni derecho a las prestaciones sociales cubiertas por tales aportes (salvo en caso de accidente laboral, regulado internacionalmente), esa masa de dinero ha servido, históricamente, para una franca mejoría de las prestaciones de las “obras sociales” a los obreros judíos. No será sino en los ‘90 que se acordará verter esas cotizaciones patronales, realizadas por obreros palestinos, a la Autoridad Palestina (nunca a los obreros concretos). Esa resolución, propia de las tratativas de Oslo (1993), jamás se efectivizará.

Hemos entrado así en una nueva fase: la población palestina ha dejado de ser económicamente interesante para el Estado de Israel: una política israelí para con los palestinos ya no necesitará contar con disponer de ellos como mano de obra. El confinamiento de los palestinos ya no resulta económicamente atractivo al estado israelí.

La población palestina está hoy en día confinada como pocas poblaciones “libres” en el mundo: debido a la política del estado israelí a lo largo de las últimas décadas y en particular con la construcción del sobrecogedor muro de 8 metros de altura y diseñado para cubrir unos 800 km. de largo.⁷

En el momento actual, bajo los auspicios del Banco Mundial, diversas empresas transnacionales han entrevisto la disponibilidad de esa mano de obra desocupada y en estado de extrema necesidad, y hay proyectos para la instalación de empresas en régimen de zonas francas implantadas sobre los restos de los territorios palestinos, al menos de la devastada Franja de Gaza.

Para una población cuya infancia está cada vez peor nutrida, que ve aminorar sus expectativas de vida, de salud, el deterioro sistemático de su calidad de vida por la total marginación y maltrato a que han sido sometidos, el ingreso a la esclavitud neo- o posmoderna puede ser como un bálsamo.

“El Banco Mundial aconsejó el domingo 15/10/2006 a los palestinos de la Franja de Gaza [...] una zona franca y se firmaron acuerdos de libre comercio con la Unión Europea.”

Por cierto que la idea de aprovechar esa mano de obra se barniza con un fraseo que escamotea su cruda verdad: “administrar el proceso de atracción de inversiones, simplificar los trámites de operación de las empresas instaladas”, son los “fundamentos” que presenta PIEFZA (Programas de Estados Industriales y Zonas Francas- Franja de Gaza. Palestina)

<http://www.ciidh.org/areas/pol-publica/pdf/IncentivosFiscales-PRONACOM.pdf>

La realidad actual, entonces, gira entre la prescindibilidad económica de la población palestina para el estado israelí, los proyectos de succión hipercapitalista mediante zz.ff. en la devastada Palestina y el acoso, la represión y las muertes cotidianas, por goteo.

“La verdad es que al día de hoy podemos dispararles a los árabes como se nos ocurra sin ser penados.” Esto declara Arik Diamond, un militar israelí (cit. p. Donald Boström, *Inshallah*).

Dada la complejidad del cuadro, se hace difícil comprobar un genocidio abierto, categórico. A esta complejidad contribuye la existencia de grupos armados palestinos, pero con una salvedad fundamental: que la violencia comenzó con los asentamientos sionistas, que los atentados sionistas a población árabe palestina son muy anteriores, en el tiempo, a los que ha producido la violencia palestina, que históricamente no se la puede ver sino como resistencia. Aunque la realidad mediática nos diga exactamente lo contrario.

Para acercarnos a entender si la vida de los palestinos está en peligro o menoscabada, una vía es medir el alcance de las muertes prematuras. Con lo cual se puede calibrar la existencia de una política genocida no directa, pero que sin embargo sostiene el sentido final de todo genocidio: acabar con *un otro* que resulta fuertemente insatisfactorio: el acortamiento de la expectativa de vida de una población puede pasar a ser así expresión de una política genocida.

Que puede recaer aquí y allá sobre pobres, viejos, enfermos, población rural dispersa, pero también sobre palestinos.

Carecemos de datos sobre la expectativa de vida de la población palestina en 1947. Tal vez ni existan. Y la correspondiente entrado el siglo XXI. Seguramente la población palestina no ha acompañado la curva ascendente que caracteriza a los pueblos enriquecidos. Y probablemente acompañe, en cambio, el destino de las expectativas de vida que han menguado en varias sociedades humanas (en Rusia se estima que la expectativa de vida ha bajado unos diez años entre 1974 y 1994. En apenas veinte años, se estima que bajó de 68 a 58 años: un verdadero cataclismo demográfico (algunos investigadores atribuyen al descontrol sobre los materiales radiactivos como resultado del cambio de régimen buena parte de esa mortandad prematura).

Hay varios países africanos, como Benin, por ejemplo, con expectativa de vida también disminuida. En general, en África, es a causa del HIV/SIDA.

Nos tememos que los palestinos pertenecen a este grupo de naciones.

No se trataría, como en la exURSS de pérdida de vida por contaminación radiactiva, de origen si no desconocido sí ajeno a un plan deliberado. Ni, como en tantos países subsaharianos, de pérdida de vida a causa de la plaga del SIDA, surgida inopinadamente en el Congo en 1981. Aunque ya se cuenten por decenas de millones sus muertos y por millones los huérfanos que ha ido dejando, tampoco se ha podido probar fehacientemente que el SIDA provenga de un plan, algo deliberado, aunque haya varios indicios en tal sentido.

Por lo anterior, resulta difícil hablar de genocidio ambiental en Rusia o incluso sanitario en el África negra, pero la peripecia inducida en el pueblo palestino parece sí fruto de decisiones políticas.

Los conceptos de *limpieza étnica*, *transferencia o migraciones forzadas* y *genocidio* se entrecruzan y solapan en una danza macabra que generalmente expresa la relación conflictiva entre un agrupamiento humano más fuerte y otro más débil.

⁷ En un territorio, tanto el israelí como el palestino, en que sus fronteras más largas no tienen más de 200 km., el muro levantado por el ejército israelí no es de frontera ni rectilíneo; tiene una trayectoria sinuosa que aísla, segrega territorios palestinos entre sí y recorta áreas que Israel ocupa y de las cuales procura apropiarse definitivamente.

Las causas son muy diversas y las secuencias que se procesan muy disímiles: los polpotistas ejercieron la *transferencia* sin mediar ninguna *limpieza étnica*: el diseño construido por los polpotistas se constituyó en ejemplo atrozmente modélico de genocidio. Aunque hay estimaciones que arrojan más muertes bajo la dictadura de Lon-Nol, inmediatamente anterior, ésta no ha sido visualizada, mediáticamente, como genocidio. En este caso parece dominar el recurso *ad hominem*; la matanza bajo Lon-Nol se justifica porque era un “hijo de puta de los nuestros”, al decir de algunos dirigentes de EE.UU.; la de Pol-Pot se condena porque encarnaba el Mal (ajeno); el comunismo.

Tanto los quilmes en el sur americano como los armenios en Turquía fueron arrancados de su hábitat, despojándoselos de sus medios de vida e identidad y obligados a alejarse a marchas forzadas. El resultado fue una enorme mortandad entre los así *transferidos*, sin contar los asesinatos que se hayan agregado por el tratamiento militar.

Volvamos al caso palestino. La Nakhba, la expulsión de 1948, significó la muerte de aproximadamente el 0,3 % de la población palestina *transferida*. El 0,1 % de la población palestina total. Tras conocer otros guarismos de genocidios, nos puede “sonar” algo menor. Sin embargo, son del mismo orden que los porcentajes oficiales u oficiosos que se manejan en Argentina, con la política de asesinatos selectivos y *desapariciones* alrededor de 1976, con toda la sociedad, o buena parte de ella, aterrorizada. Los cuerpos armados sionistas procuraron expulsar a la población palestina, de sus lugares de vida y trabajo, arrancarlos de la tierra milenaria empleando métodos racistas, típicos del colonialismo: se trató de una operación conmoviente, cruel, terrorista.

Pero hay algo más, y más preocupante todavía, por su alcance. La consigna fundante del sionismo, concebida por Theodor Herzl, “*Una tierra sin hombres para hombres sin tierra*” revela un rasgo colonialista peculiarmente fuerte. Para todo colonialismo el encuentro con población en el territorio colonizable es una dificultad, digamos técnica o militar, porque el colonialismo excluye toda relación de respeto, de igualdad, de ayuda mutua, solidaria. Cualquiera de estas expresiones es radicalmente incompatible con todo proyecto colonialista: el amo nuevo necesita encontrar seres inferiores; si no, no habría proyecto colonial. Pero un colonialismo que ni siquiera “necesita” encontrar eso está indudablemente más cerca del genocidio.

Que es más fácil de plasmar cuando la población aborigen es escasa, “ninguneable”, como con “La Conquista del Desierto” en la Patagonia o los yaquis en California. Y más difícil si se trata de millones, como en Palestina.

Sabemos que el colonialismo bordea siempre políticas genocidas. Lo que se plasma inevitablemente en toda acción colonialista es *ab initio*, un etnocidio; un genocidio cultural, destrucción de la cultura del pueblo objeto de la colonización. Consideramos que ambos fenómenos etno- y genocidio se entreligan permanentemente. La indignidad atribuida al colonizado le resta toda problemática ética a quienes ejercen el dominio. Y en la reseña que hemos transitado hay, significativamente, numerosos ejemplos.

Una de las expresiones más nítidas de ese fenómeno es el tipo de matanzas que se ejerce: en el caso de los colonialistas recae sobre *todos* los cuerpos del grupo social considerado inferior. Hombres adultos, por supuesto, pero también mujeres, ancianos, niños. Por cierto que ha habido también luchas intercolonialistas donde grupos en disputa por un botín (dominar a los *natives*, p. ej.) también han llegado a la matanza generalizada. Pero han sido la excepción, como en el caso de la guerra anglo-boer en Sudáfrica (1899-1902) donde los británicos fueron acusados con pruebas de haber matado a miles de mujeres y niños boers concentrados en campamentos de prisioneros. Pero no ha sido lo habitual: la disputa entre sionistas y británicos no alcanzó, aun con su aspereza, esos niveles, la lucha entre británicos y estadounidenses tampoco, ya vimos que el desalojo de las Malvinas en 1833 tampoco (y la dictadura argentina, que en el territorio nacional secuestraba y asesinaba a civiles sin mayores miramientos, se cuidó mucho de “tocar” a su vez a la población civil *kelper* un siglo y medio después, en 1982).

La tesis que planteo es que el deterioro inevitable de la relación de árabes palestinos y judíos sionistas que empieza prácticamente con las sucesivas *alياهو*, sionistas, se acentúa cada vez más, y junto con la resistencia palestina ha crecido en el imaginario social israelí la necesidad de que ese *otro* cada vez más molesto y ominoso, *desaparezca*. “El *transfer* es ahora la opción moral y oficial que recomienda uno de los más prestigiosos centros académicos de Israel, el Centro de Estudios Interdisciplinarios en Herzliya, que asesora al gobierno”. Nos lo dice el historiador judío Ilan Pappé, crítico implacable de la política criminal sionista (“Los fantasmas de la Nakhba”, *Al-Ahram Weekly Online*, 22/5/2002).

El objetivo común de la transferencia y la desaparición. La *desaparición* es otro eslabón de la cadena de otredades que un grupo decide usar para desembarazarse de quienes los cuestionan de un modo más o menos “insoportable” o les impiden cumplir sus objetivos.

Sobre esta relación, o mejor dicho sobre la negación de relación que esta política entraña, lamentablemente en Argentina hemos experimentado demasiado (porque siempre es demasiado).

Cuando el estado israelí atenta contra un presunto cuadro operativo, militar, ponebombas o similar y en el atentado muere el “blanco” de la operación, su chofer, dos vecinas, un primo, tres sobrinitas y la vecina vieja que las cuidaba, está creando las “mejores” condiciones culturales para políticas genocidas. Que el estado israelí aluda en tales casos a “daños colaterales” no mengua el problema, por cierto.

La política del estado israelí, tolerada por buena parte de la sociedad israelí, de menoscabo permanente y cotidiano de la condición de ser palestino, expresa la *limpieza étnica* en marcha. La “mejor” antesala para “cumplir” la vieja máxima: “*Hombres sin tierra para una tierra sin hombres*”.

Consciente de la complejidad del caso, dejo al lector el llenado del último casillero del cuadro que sigue.

Buenos Aires, noviembre 2007.

CASO (cronología aproximada)	CANTIDAD DE ASESINATOS	% DE POBLACIÓN ASESINADA	Transfer. o migración forzosa	Limpiez a étnica	Genocidi o
Celtas en Islandia, s. IX	s/d	100 %	no	sí	sí
Quilmes en el norte virreinal. RdlP., 1666	s/d	Muy alto	sí	sí	sí
Argentinos en Malvinas, 1833	0	0	sí	sí	no
Kikapus. Texas., med. s. XIX	s/d	Muy alto	sí	sí	sí
Yaquis. Sonora, Méx., fines s. XIX	s/d	s/d	sí	sí	¿?
Yaquis. California, EE.UU., 1911	s/d	100%	no	sí	sí
Armenios en Turquía, 1911-1915	c:a 1 millón	est. un tercio	sí	sí	sí
Judíos bajo el nazismo, 1941-1945	Millones	En algunos países, casi 100%	sí	sí	sí
Campesinos en Vietnam, med. de los 60	s/d. (en la guerra, 2 mill.)	(en la guerra, 5%)	sí	¿?	¿?
Timor Oriental, 1975	200 000	30 %	no	sí	sí
Camboyanos bajo Khmer R., 1975-1979	Est. 200 000; Est. 2 000 000	4 % 40 %	sí	no	sí
Sudáfrica con <i>Apartheid</i>	s/d, pero considerable cantidad	s/d	sí	sí	no
Bosnios-musulmanes, Bosnia, 1992-1995	200 000	10 %	no	sí	sí
Ruanda, 1994	900 000	Muy alto	no	sí	sí
Palestinos y el Estado de Israel	Varios miles	Desde los '60, aumenta la frecuencia	sí	sí	